

también los *Manuscritos sobre Méjico en la Biblioteca Nacional de Madrid, El tesoro de Monte Albán, El comercio entre Méjico y España, El petróleo en Méjico, El garbanzo mejicano en España*, obras suyas en parte, y en parte de autoridades en cada materia especial.

Devuelto en estos últimos años a la vida privada del escritor, había creado una interesante biblioteca de obras inéditas, en la cual nuevos investigadores han comenzado a abrir regiones vírgenes de nuestra historia social. De sus manos salían unos hilos invisibles a todos los puntos del horizonte: son muchos los escritores de varios países que se relacionaban con Méjico a través de él. Era, en nuestra América, un verdadero colonizador cultural.

Además de las obras citadas al paso, deja una colección de estudios diplomáticos, entre los prólogos a los volúmenes del Archivo Histórico, que, bajo sus cuidados, se imprimían en la secretaría de Relaciones Exteriores, y son suyos dos tomos de la serie de «Monografías bibliográficas», que él hizo también publicar a su paso por aquel ministerio: uno sobre Nervo, otro de varia información, en que campean su curiosidad y su conocimiento de libros mejicanos, así como su dominio en el oficio de maestro impresor, que él conocía muy de cerca. Deja una valiosa obra dispersa en prólogos de libros, eruditos e históricos: las *Cartas*, de Icazbalceta, recogidas por Teixidor; el *Diario del viaje de Ajofrín*; los estudios de Zavala sobre Tomás Moro en la Nueva España, etc. Deja otras obras de historia

de arte: *Algunos papeles para la historia de las bellas artes en Méjico*; ciertos trabajos sobre Goya que tenía en preparación, y de que envió la primicia a Buenos Aires, (artículo recientemente publicado en *La Nación*). Deja una obra poética en que no hay página perdida, y que alcanzó algunas notas de extremada pureza: *Escalera (Tocata y Fuga)*, *Crucero, Paso a nivel, Senderrillos al ras*. De suerte que su reino abarca la historia, la económica, la crítica, la bibliografía, el libre ensayo, la novelística, la poética.

Ha muerto a los cincuenta años, en plena labor. Debe a su propio valer, sin compromisos extraños a la excelencia misma de su trabajo, la ascensión gradual que lo llevó hasta los más altos cargos. Ni lo abatía la adversidad, gran maestra, ni lo engañaba la veleidosa fortuna. El proceso de una larga enfermedad venía de años atrás minando su salud, y él parecía siempre rehacerse por un desperezo del espíritu. La última carta que de él nos ha llegado, nos dice que el quebranto de su organismo era ya tan grande, que no le permitía leer ni escribir directamente; que seguía con vivo interés los resultados del Congreso de Historia de América, de Buenos Aires; que tenía preparados ocho volúmenes para su biblioteca histórica en curso; que quería artículos argentinos para una revista mejicana. Y esperó la muerte trabajando, y sigue todavía trabajando para su Méjico, para su América, en el recuerdo de sus amigos, que son tantos en todas partes, y en la perennidad de su obra: su obra de hombre bueno, de excelente escritor y de ciudadano intachable.

y aun vulgar (*philistine*). La adoración pública que le profesan a este caudillo es para mí uno de los rasgos desalentadores de la vida soviética. Pero sin rendirle tributo a Stalin, estoy abiertamente contra Trotsky. Esta oposición es en parte una cuestión temperamental: nunca me han gustado los grandes intelectuales de su tipo; esos que reducen cada asunto humano a un escueto silogismo en el que pretenden tener siempre la razón, una razón irrefutable, y conceptúan a sus oponentes siempre como estúpidos y ni siquiera como dignos de desdén.

Nunca me han gustado los libros de Trotsky; ni aun los mejor reputados. La *Historia de la Revolución Rusa* no expresa ningún calor humano, ni generosidad hacia sus asociados, y prefiero no referirme a la descripción de sus enemigos; al final, el libro degenera en una autojustificación. *Mi Vida* no es solamente una dramatización de sí mismo a un grado inquietante, sino que, en los puntos en que puede ser tomada como una narración, carece por completo de candor. Pero es en el terreno político donde estoy mayormente en desacuerdo con Trotsky. Me ha parecido que, durante varios años, el odio a Stalin ha sido en él el móvil decisivo y que su grito de combate, la «Revolución Permanente», puede llegar a destruir permanentemente la revolución, por su ataque constante al socialismo en el único país donde actualmente existe.

El proceso de Moscú

Por MALCOLM COWLEY

= Envío de Enrique Espinosa. Santiago de Chile, setiembre de 1937 =

Bajo todo punto de vista, el libro más interesante que he leído este año es la versión estenográfica del reciente proceso de Moscú, tal como ha sido traducido al inglés por el propio Comisariato de Justicia del Pueblo.

Lo leí por un sentido de obligación: habiendo oído tantas discusiones sobre el proceso y leído tantos cargos sobre la buena fe de la Corte de Justicia Soviética, quise tomar de las mismas fuentes el material necesario para formar mi propia opinión. Aprendí mucho, pero proseguí con entusiasmo, fascinado por el contenido de la obra. Desde el punto de vista literario, *El complot del centro Anti-soviético Trotskysta* es una extraordinaria combinación de auténtica novela policial y de alta tragedia isabelina con notas verdaderamente cómicas. Pudiera haberme dejado convencer que se trataba de una representación arreglada de antemano si hubiese sa-

bido que Marlowe y Webster habían cooperado en su realización escénica. Desde el punto de vista informativo, la obra responde a la mayoría de las preguntas que me sugerían las breves informaciones de los diarios sobre la marcha del proceso.

*

Pero antes de discutir el documento considero que haría bien en explicar mi actitud hacia los asuntos rusos tal como ha ido desenvolviéndose durante los últimos años.

No soy un stalinista, sino en la profunda simpatía que siento por los anhelos de la Unión Soviética y en cuanto a que creo que Stalin y su *Polit-Bureau* han seguido en general una política más hábil que la que recomiendan sus enemigos. No lo creo infalible ni como político ni como líder. En mi propio campo—la literatura—su gusto me parece ser convencional

Talvez esta predisposición mía expuesta someramente y sin aducir pruebas que la fundamenten me hace más fácil creer en los cargos que se le imputan a los partidarios rusos de Trotsky. No me parece a mí de manera alguna imposible, como es el caso de muchos liberales bien intencionados, que revolucionarios de su tipo trataran de destruir el Estado Soviético que ellos mismos ayudaron a edificar. Empiezo por creer que habían cesado de considerarlo «su estado». Resolvieron que la revolución a la cual ellos siguen siendo fieles en teoría, estaba siendo traicionada por sus propios líderes, y se impusieron la tarea de desplazar a esos líderes; al principio por acciones de *masas*, después, al darse cuenta que las masas no los apoyaban, por actos de terrorismo (incluso asesinatos que no se consumaron); en seguida por terrorismo económico (es decir, des-